

Iglesias Rodríguez, Juan José:
Una ciudad mercantil en el siglo XVIII:
El Puerto de Santa María.
Granada, 1991, 704 páginas.

Es para mí una labor reconfortante el poder presentar a los lectores de esta revista el último libro del profesor titular de la Universidad de Sevilla, Juan José Iglesias Rodríguez.

Y lo es por dos razones. En primer lugar por los lazos de amistad que me unen al autor, con el cual he compartido multitud de jornadas de trabajo en el Archivo Histórico Municipal de El Puerto de Santa María. Y en segundo lugar por la calidad del estudio por él realizado del que, a continuación, destacaremos sus principales aportaciones.

La investigación de J.J. Iglesias se enmarca dentro de unas coordenadas espaciales, el municipio de El Puerto de Santa María, y otras temporales, el siglo XVIII.

La localidad portuense en el mencionado siglo presentaba un desarrollo socio-económico de tal magnitud que posibilitaba su inclusión en la nómina de las principales ciudades del país. Un desarrollo que tenía su base en una próspera actividad comercial relacionada, íntimamente, con el tráfico de mercancías existente entre la Bahía de Cádiz y las posesiones españolas de América. La posición geoestratégica de El Puerto de Santa María en dicha Bahía, la participación legal (el tercio de frutos) del municipio en el mencionado tráfico y el pujante papel jugado por una burguesía de elementos nacionales y extranjeros asentada en la localidad posibilitaron el que la ciudad portuense, desde mediados del siglo XVII, pero sobre todo en el siglo XVIII, viviera los momentos de mayor esplendor de su dilatada historia.

De lo dicho se deduce la significación y la importancia cualitativa del estudio que J.J. Iglesias dedica a El Puerto de Santa María dieciochesco.

El libro se articula en tres grandes partes que abarcan y nos muestran la realidad portuense desde tres aspectos: el demográfico, el económico y el social. Echamos en falta una cuarta parte dedicada a la mentalidad y la cultura, especialmente para comprobar si existió un desarrollo de ésta paralelo al económico. No obstante, aceptamos que todo trabajo conlleva unos límites y unos objetivos definidos que deben ser respetados para no desvirtuar o difuminar el resultado final de la investigación.

Para el estudio demográfico se parte de la cuantificación de la base poblacional y se sigue con un completo análisis de la evolución de las distintas variables demográficas (natalidad, mortalidad, nupcialidad). Las fuentes utilizadas para cuantificar la población han sido padrones parroquiales y civiles, estos últimos menos fiables por su carácter fiscal o militar que origina ocultaciones. Según los padrones parroquiales la población portuense pasaría de los 15.835 habitantes de 1704 a los 19.671 del año 1800. Ello representa un incremento del 24%, que según el autor, opinión que compartimos, se trata más de un estancamiento que de un desarrollo demográfico. Para J.J. Iglesias las causas de este estancamiento son los tradicionales frenos malthusianos del Antiguo Régimen: la guerra (asalto de 1702, bloqueo de 1797), las epidemias (tercianas de 1786, fiebre amarilla de 1800) y, sobre todo, la crisis de subsistencias o hambrunas que se dan repetidamente a lo largo del siglo (1707-09, 1733-38, 1743, 1753, 1757, 1759, 1761, 1763-65, 1778, 1784-87, 1793).

En cuanto al estudio de las variables demográficas, que obligó al autor a analizar cerca de 110.000 partidas parroquiales de bautismo, matrimonio y defunción, destacar, en especial, los resultados obtenidos sobre la inmigración que soportaba El Puerto de Santa María. A través de las partidas de matrimonio J.J. Iglesias descubre la importancia cuantitativa de dicha inmigración: el 40,2% de los cónyuges contrayentes no había nacido en la localidad portuense. Una inmigración que está relacionada con la

actividad comercial de El Puerto y la posibilidad de emigrar a América desde esta ciudad.

La segunda parte del libro, dedicada a la economía, se centra en el análisis de los tres sectores productivos más importantes de la localidad: la agricultura, la industria y el comercio.

Con respecto a la agricultura, se parte de un trabajo anterior realizado por A.L. López Martínez (“Estructura agraria de El Puerto de Santa María a mediados del siglo XVIII”, *Actas del I Congreso de profesores investigadores*, vol. II, Sevilla, 1984, pp. 33-64), el cual J.J. Iglesias completa al utilizar nueva documentación, destacando las aportaciones referidas al mercado de las propiedades rústicas: valor de la tierra y arrendamientos.

En cuanto al comercio nos ofrece una amplia y documentada información en la que no faltan los aspectos jurídicos-institucionales, la infraestructura de dicho tráfico mercantil (comunicaciones, barcos,...) y un acercamiento a las personas que realizan este comercio. Hay un estudio cualitativo de los productos exportados e importados desde y al Puerto, que hubiera sido interesante redondear con un análisis cuantitativo, pero como señala el autor “para ello hubiera sido necesario estudiar detenidamente los registros de aduana de la ciudad, además de otras fuentes complementarias, lo que seguramente justificaría la elaboración de otra monografía particular”.

El estudio del sector industrial no es sólo completísimo sino que, además, presenta novedosas aportaciones. Personalmente pienso que es el capítulo clave del libro, ya que nos muestra la cara y la cruz, lo que fue y lo que pudo haber sido, El Puerto de Santa María en el siglo XVIII. Vemos que como consecuencia de la pujante actividad mercantil (capitales, mercados, hombres de negocios) se produce un desarrollo industrial sin precedentes, al menos, en la Andalucía de la época. Y cómo, en pocos años, todo queda en un espejismo, ya que las industrias, agobiadas por problemas internos (no mentalidad inversora, falta de trabajadores especializados) y, sobre todo, externos (competencia productos extranjeros, ambiente bélico de fines de siglo), terminan por cerrar o reducir, al

mínimo, su producción. Fue la verdadera oportunidad perdida por la ciudad portuense.

La tercera y última parte del estudio de J.J. Iglesias, la más extensa, está dedicada a la sociedad portuense, que es analizada desde dos perspectivas complementarias: su estructura socio-profesional, "fuertemente influenciada por el carácter portuario y mercantil de la ciudad", y su estratificación según los niveles de ingresos.

En páginas de concisa, documentada y clara redacción van desfilando todos los grupos sociales portuenses. Primero los que componen la clase dominante local: las grandes familias aristocráticas de sangre y dinero (Vizarrón, Reinoso, Winthuysen, Barrios, Rodríguez Cortés, Tirry), los latifundistas (duque de Medinaceli), la burguesía ascendente (marqués de Villarreal y Purullena, marqués de Atalaya Bermeja, Imbluzqueta), los comerciantes extranjeros, la mediana nobleza con cargos concejiles y el siempre influyente clero. Luego las clases medias y populares rururbanas: los comerciantes al por menor, los artesanos, los profesionales liberales, para terminar con los pequeños propietarios agrícolas, los jornaleros y los trabajadores de la mar. Finalmente, J.J. Iglesias hace un recorrido por la llamada "sociedad marginal", en la que, junto a los mendigos y pobres en general atraídos por la prosperidad de la ciudad, encontramos prostitutas, delincuentes y grupos marginados como los niños expósitos, los gitanos y los esclavos, éstos ya en regresión en el siglo XVIII. El análisis de esta sociedad marginal da pie al autor para estudiar las instituciones benéficas portuenses (hospitales, hospicios, casa cuna), que presentan una mezcla de ideales cristianos e ilustrados. Y también la más representativa del aparato represor: la cárcel, cuyo mundo, reclusos y delitos, nos es descubierto a través de una documentación veraz y sobrecogedora, las actas de visitas de cárcel realizadas por la justicia local.

En definitiva, el magnífico libro de Juan José Iglesias nos muestra un Puerto de Santa María, el del siglo XVIII, cosmopolita, rico y lleno de matices, pero al que sus propias deficiencias y otros factores externos imposibilitaron dar el paso decisivo que lo convirtiera de una ciudad mer-

cantil en una ciudad industrial. El siglo XVIII fue para El Puerto de Santa María una centuria de esplendor, pero también, como indica Iglesias, un período de contrastes y de “oportunidades perdidas”.

JESUS MANUEL GONZALEZ BELTRAN
Profesor de Historia Moderna de la
Universidad de Cádiz.